



ISRAELIA

Max J. ...



FERIA DE PAVOS EN EL PARQUE DE BARCELONA.



CARTA DE UN PAVO Á SU HIJO

MI AMADO PAVITO: Cuando recibas esta carta, que te envío *in articulo mortis*, escrita con una pluma que se me ha caído de un alón, el padre que te engendró, el pavo más infeliz que se ha criado en los corrales de Horta, estará ya muerto, descuartizado, tal vez comido... Estamos á 23 de Diciembre... Se acerca el día de Navidad, el día *pavoroso*, es decir, el día de la degollación de los pavos, el día en que los cristianos — ¡y cristianos se llaman!... — después de comerse los unos á los otros durante todo el año, nos comen á nosotros...

En estos días ¡qué contentos están! Y en cambio, yo ¡qué meditabundo, qué triste!... ¡Ay de aquellos en cuyos corazones las campanas de Navidad resuenan y retumban como un sollozo de angustia, como un eco de muerte y desesperación!... Para esos los repiques y los villancicos, los regalos y las fiestas, suenan como rezos funerales y aparecen como luctuosas visiones...

Este vil peluquero á quien he sido regalado, está satisfecho de mí. Esta mañana vino á la galería donde estoy atado por las patas, y, después de soltarme, agarrándome por ellas y poniéndome cabeza abajo, me dirigió este insulto:

— ¡Hermoso animal!

Iba á contestar para decirle que más animal es él, cuando su esposa, una aragonesa más colorada que un tomate y que presume de cocinera fina, me cogió á su vez y dijo con alborozo:

— ¡Vaya un pavo! No hay en Barcelona otro como éste. ¡Si pesa un quintal!...

— ¡Parece que está relleno!

— Ya verás como te lo hago... Te vas á chupar los dedos...

— ¡Para mí las piernas!...

— ¡Para mí la pechuga!

— Hay que cuidarle mucho. ¡Que no le falte nada! ¡Que coma lo que quiera, y muchas nueces, sobre todo! ¡Cuidado, por Dios, que no se enferme!...

Á rejalgar me sabían aquellos piropos... Hubiese preferido que me encontrasen escuálido, feo y nauseabundo; pero, no señor: había tenido la fortuna de agradar, de hacer felices á aquellos hambrones, que se solazaban y relamían de gusto ante la hermosa perspectiva de mi entrada solemne en el comedor, convertido en cadáver y exhi-



biendo—¡yo que soy tan casto!—mis formas desnudas!...

—¿Habrá apetito?—preguntó la peluquera á su es-
poso.

—¿Apetito?... ¡Hambre devoradora! No van á quedar
ni las patas...

¡Hijo mío! No olvides nunca los consejos de este pavo
que ha visto mucho, que en la soledad del corral ha me-
ditado filosóficamente y que logró sobrevivir, á fuerza de
astucia, á la feria de pavos del año anterior. En el mundo
de nuestros tiranos, de nuestros verdugos, para salvarse,
para que nos perdonen la vida, es preciso achicarse, pa-
sar inadvertido, permanecer en la sombra. Sobre todo,
¡no engordes nunca! Como no seas pavo real para vivir
del presupuesto, ostentando las pintorescas plumas en un
jardín zoológico, no pretendas *pavonearte* ni distinguirte.
Mientras más flaco estés y más vulgar seas y menos lla-
mes la atención, mejor para tí...

¡Qué animada, qué concurrida estaba el año pasado la
feria! Desde la verja del Parque hasta el Arco de Triunfo
apenas se podía dar un paso: tanto era el gentío que iba
á vernos, que iba á comprarnos... Gentes de todas las cla-
ses sociales, desde el señorón de gabán vistoso que se
lleva, sin regatear, lo más caro, hasta el obrero de blusa
que va á caza de gangas, se colocaban frente á nosotros,
pasándonos minuciosa revista. Y á este le miraban con
embeleso y á aquel le cogían por las patas y al otro le
tentaban el vientre. Y yo, más flaco que un maestro de
escuela, ¡cuán satisfecho y gozoso al observar que mis

compañeros, los de carnes rollizas, iban unos tras otros
desapareciendo en manos de los compradores, mientras
yo, desdeñado por todos, seguía en mi puesto!

Pero, de pronto ¡qué susto! un individuo de mala traza
(cómo que iba de sombrero de paja, en Diciembre!) se
encaró con mi amo y, señalándome con el dedo, le pre-
guntó:

—¿Cuánto vale aquel?

Mi amo me cogió por las patas, me acarició las plu-
mas, me exhibió de frente y de perfil, ponderó las partes
de mi persona, y dijo:

—Por ser á usted, que es correligionario, se lo dejo en
dos duros.

—¿Dos duros por un pavo tísico? ¡Si hay que darle la
emulsión Scott!...

—¿Cuánto ofrece usted?

—Por ser á usted, que es correligionario, dos pesetas,
y eso para hacerle una obra de caridad...

—¿Á mí?

—No; al pavo: para mandarlo al sanatorio del doctor
Moliner...

Y yo, á todo esto, callado, pero contento. Pensando
en la salvación de mi pellejo, agradecía aquellos insultos.
Gracias al desprecio que inspiraba, escapé con vida; pero,
en cambio, este año, que parezco, por lo bien presentado,
un senador vitalicio, en el primer día de feria, un general
de los que vinieron de Cuba, me compró por veinticinco
pesetas. «¡Magnífico!—pensé yo.—Con una espada como





la tuya, que no ha salido de la vaina, no podrás cortarme el pescuezo.» Pero mi gozo en un pozo... El general me compraba para enviarme, como regalo sabroso, á su médico. ¡Habría suerte como la mía! ¡Salir de un matón para caer en otro!

El médico, un infeliz que quiere ser concejal, al ver un pavo tan hermoso, pensó el hombre modestamente que era yo bocado demasiado exquisito para su estómago, y me regaló á un caballero muy respetable, á quien llaman «cacique» ó algo así. «¡Otro pavo!—dijo aquel señor con mal gesto.—Con éste son ya noventa y cinco los que recibo este año...» Y, sin detenerse á mirarme, sin hacerse cargo de mis prendas, ordenó que se me trajese á esta casa, donde ahora estoy y donde han acabado mis viajes. Aquí me quedo... ¡Este peluquero me come!

¡Hijo mío! Desde que dejé la manada del Parque, yendo de aquí para allá, ¡qué cosas he visto! Los hombres, nuestros verdugos, vistos de cerca, son bien dignos de lástima. Somos sus víctimas, es verdad; pero también ellos pasan la vida devorándose mutuamente y los más amigos *no se tragan*. Nosotros, si una pava nos gusta, le hacemos la *rueda*, como yo se la hice á tu madre; ellos, infelices, tienen que hacer la *rueda* á un cacique, á un gobernador, á un ministro que les desprecian; á nosotros, contra nuestra voluntad, nos engordan para vendernos bien; ellos, por su gusto, se venden mal para engordar bien; nosotros nos conformamos con nuestras plumas, aunque sean de pavo; ellos, casi todos, se engalanan con plumas ajenas; nosotros, seres inofensivos, gastamos es-

polones de lujo, que no hieren á nadie; ellos, desgraciados, se hieren todos los días los unos á los otros con los espolones de los celos, de la ambición, de la envidia, de la calumnia...

Cuando era flaco, me dejaron vivir; ahora, que soy gordo, me matan. Si en vez de ser pavo, fuese hombre, me ocurriría todo lo contrario. Entre la raza humana, hijo mío, con los gordos nadie se atreve.

Adiós, hijo mío. Si oyes contar, por casualidad, que en una calle de las más céntricas, el día de Navidad, por la tarde, murió envenenada la familia de un peluquero, puedes decir: «Ya papá se vengó.» ¡Me he comido una caja de fósforos!...

Ya el verdugo afila la navaja, ya se dirige á mí... Muramos con valor...

Por la copia,
ANTONIO CORTÓN





LA PASCUA NEGRA

RICARDO CANALS



EL PERAL DE LA MISERIA

Allá, por los tiempos que pertenecen á la historia antigua, y en un pueblo cuyo nombre no hace al caso, vivía una vieja muy vieja y muy pobre, tan pobre, que necesitaba mendigar de puerta en puerta el cotidiano sustento, albergándose en una choza fuera de poblado, cuya propiedad nadie reclamaba, porque los gastos de reparación hubieran importado más de lo que valía la finca.

Ninguno de los habitantes en el país sabía la procedencia de aquella mujer, ni se tomaba el trabajo de averiguarla. Conocíanla todos por la Miseria, y, á cambio de algunos mendrugos sobrantes, se divertían con ella, convirtiéndola en el hazme reir de los mayores y en el esparajo de los chiquitines.

La misera vivienda tenía á la espalda un pequeño huerto, completamente estéril, por falta de brazos que lo cultivaran, pero en cuyo centro alzábase un árbol de extraordinarias proporciones, el ejemplar más hermoso de la creación, si se exceptúa el célebre manzano del Paraíso: era un peral, de fruto tan abundante como sabroso, que compartía con un perrito, bastante feo por cierto, los únicos goces terrenales de la buena anciana, y originaba, á la par, sus no flojos disgustos, cada vez que los grandullones del pueblo atormentaban al uno ó se comían fraudulentamente los productos del otro.

¡Cuántas rabetas costaron á la Miseria aquellas benditas peras!

Una noche en que la nieve caía á capazos, poniendo los caminos poco menos que intransitables, hallábase la vieja junto al hogar, dándose un calentón, cuando llamaron á su puerta y una voz suplicante murmuró desde fuera estas palabras:

—¡Por el amor de Dios, socorred á un infeliz que se muere de hambre y de frío!

La Miseria acudió solícita en auxilio del forastero, fran-

queándole la entrada, y ofreciéndole el calor de la lumbre y los frugales alimentos que guardaba de reserva para desayunarse al siguiente día.

No contenta con ésto, cedióle su propia cama; desprendimiento que la costó dormir sobre el duro suelo, envuelta en su mugriento mantón, y teniendo por cabecera el montoncillo de paja que servía de lecho al can, su inseparable compañero.

No bien entró por las rendijas del mal unido techo la primera luz del alba, estiró sus entumecidos miembros y se puso en pie, con ánimo decidido de salir en busca de una limosna que le permitiera atender á las apremiantes necesidades de su huésped; pero éste, que se levantaba también, adivinando su intención, la detuvo oportunamente, preguntándola:

—¿Dónde vais, buena mujer?

—Al pueblo; vuelvo en seguida.

—Es inútil; no os fatigéis por mí. Á vuestro regreso, estaría yo muy lejos. Mi misión ha concluido, y he de volver cuánto antes al lado de mi amo y señor.

Y como la vieja le mirara con ojos espantados, añadió:

—Yo no soy lo que aparento. Ved en mí á San Perfecto, enviado por el Dios de los cristianos para fiscalizar en qué forma practican acá abajo la virtud, por Él practicada, de la Caridad. Y, hablándoos con franqueza, os confesaré que entre los poderosos de la tierra no he encontrado la espontánea y cordial acogida que me habéis dispensado vos. Para que compadecieran sinceramente mi desgracia, me ha sido preciso llamar á la puerta de una persona más desgraciada que yo. ¡Dios os lo recompensará! Pedid lo que gustéis; en su nombre os garantizo que se realizará vuestro deseo.

—¡Oh, santo mío! Al ofreceros lo poco de que dispongo, no me guiaba interés alguno.

—Por esto vuestra acción es más meritoria. Pedid sin escrúpulo; todo os será concedido. ¿Queréis honores, riquezas? ¿Un título de duquesa? ¿Una corona de reina?

—¿Para qué? ¡si estoy ya con un pie en el otro mundo! Os agradezco la oferta; pero...

—Pensad que, rehusándola, ofendéis á vuestro Señor, quien tomará muy á mal el desaire.

La Miseria quedóse pensativa; nada en aquel momento se la ocurría pedir.

—Pues bien,—balbuceó al cabo, viendo la impaciencia de su interlocutor,—ya que forzosamente lo exigís, sca. Yo tengo en mi pequeño huerto un peral muy hermoso, de cuyo fruto apenas me aprovecho, porque los mozos de la comarca se lo comen, antes de que esté en sazón. Concededme la gracia de que los que suban á mi peral, grandes ó chicos, no puedan bajar de él sin mi expreso consentimiento.

—Amén,—respondió el santo, riéndose interiormente de la sencillez de la vieja; y después de echarla su bendición, desapareció como por encanto.

Desde entonces, la situación de la mendiga fué mejorando gradualmente; tanto, que su colecta cotidiana llegó á proporcionarla un relativo bienestar, que ella atribuía á la protección de San Perfecto, afirmándola en este convencimiento la circunstancia de que nadie se acercaba ya, con mala intención, al famoso peral.

¡Calcúlese cuál sería el desconsuelo de la Miseria, que le había ido cobrando mucho apego á la vida, el día en que se le presentó la Muerte, intimándola la orden de que la siguiera!

—¡Tan pronto!—arguyó en son de reproche;—¡si no he cumplido todavía los setenta!

—¿Te parecen pocos? Ea, déjate de lamentaciones; arregla tus bártulos, y en marcha.

El tono resuelto de la importuna visitante desvaneció en la anciana toda esperanza de arreglo, y disponíase á obedecerla, cuando de pronto brotó en su mente una idea luminosa.

—Si en absoluto lo exigís,...—balbuceó con aparente resignación—iré á donde queráis. Mientras preparo la

maleta, dispensadme el obsequio de coger algunas peras, para que las comamos amigablemente por el camino.

Cayó la Muerte en el lazo. Encaramóse al árbol, llenóse los bolsillos del sabroso fruto y... cuando quiso bajar, se encontró prisionera de las ramas.

—¡Este árbol está embrujado!—gritó, bramando de coraje.—¡Condenada vieja! sácame al punto de aquí ó teme mi venganza.

—¡Quiá, amiguita!—contestó, chuleándose, la Miseria.—¡Tragad quina, mientras yo bailo una jota, por haber librado á la humanidad de vuestras crueles garras! Ahí os pudriréis por *secula seculorum*.

Pasó una semana, y un mes, y un año. Como la Muerte no ejercía su odioso oficio, los enterradores tuvieron que abandonar el suyo, y los médicos todos, incluso los homeópatas, aprovecharon la ocasión para demostrar el alcance ilimitado de su sabiduría.

Al principio, el universal indulto había sido acogido con regocijo y entusiasmo indescriptibles; mas, no bien transcurrió medio siglo, los inmortales de ambos sexos lloraron á lágrima tendida sus funestas consecuencias.

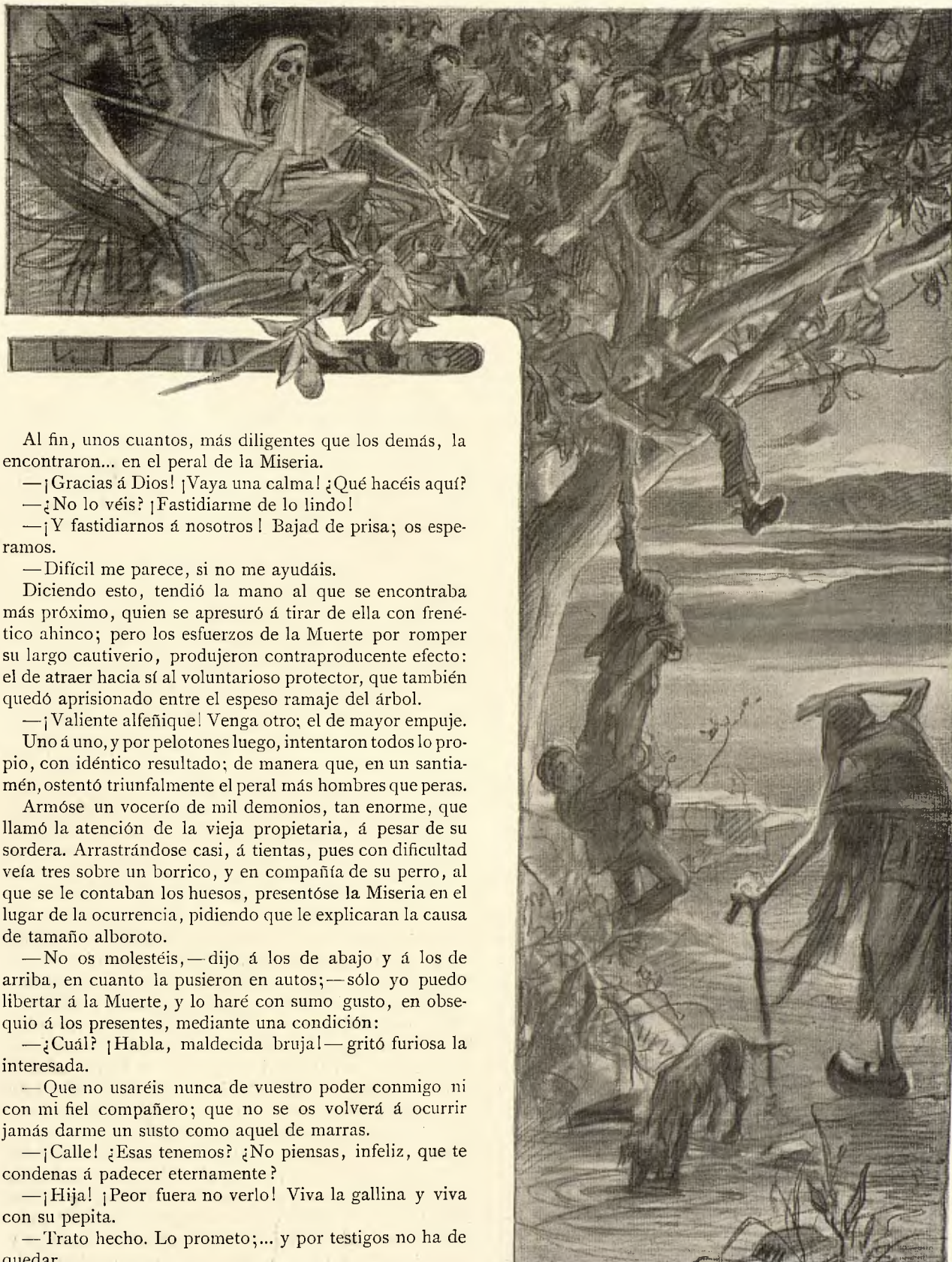
Decrépitos, la mayor parte, y llenos de achaques, gastada su memoria, ciegos, sordos, sin gusto, tacto ni olfato, é insensibles á todo placer, vivían en perpetua agonía, en particular las mujeres, que, sobre tantas pejugueras, lamentaban otra mayor: la de haberse puesto horriblemente feas.

Llegó un día en que la tierra, materialmente pequeña para contener un número tan considerable de habitantes, no producía lo suficiente para alimentarlos,... y vino el hambre, implacable enemigo, el peor, con que en general tropiezan los hijos de Adán. Varones y hembras, poco menos desnudos que nuestros primeros padres, en sus mocedades, corrían despavoridos de ceca en meca, buscando un techo bajo el cual guarecerse y un pedazo de pan que llevarse á la boca.

¡Y en medio de ese feroz tormento, no les quedaba ni el consuelo de morir!

La existencia se hizo insoportable: los vivientes en masa, pedían á voz en grito la Muerte, persiguiéndola con ansiedad febril.





Al fin, unos cuantos, más diligentes que los demás, la encontraron... en el peral de la Miseria.

—¡Gracias á Dios! ¡Vaya una calma! ¿Qué hacéis aquí?

—¿No lo véis? ¡Fastidiarme de lo lindo!

—¡Y fastidiarnos á nosotros! Bajad de prisa; os esperamos.

—Difícil me parece, si no me ayudáis.

Diciendo esto, tendió la mano al que se encontraba más próximo, quien se apresuró á tirar de ella con frenético ahinco; pero los esfuerzos de la Muerte por romper su largo cautiverio, produjeron contraproducente efecto: el de atraer hacia sí al voluntarioso protector, que también quedó aprisionado entre el espeso ramaje del árbol.

—¡Valiente alfeñique! Venga otro; el de mayor empuje.

Uno á uno, y por pelotones luego, intentaron todos lo propio, con idéntico resultado; de manera que, en un santiamén, ostentó triunfalmente el peral más hombres que peras.

Armóse un vocerío de mil demonios, tan enorme, que llamó la atención de la vieja propietaria, á pesar de su sordera. Arrastrándose casi, á tientas, pues con dificultad veía tres sobre un borrico, y en compañía de su perro, al que se le contaban los huesos, presentóse la Miseria en el lugar de la ocurrencia, pidiendo que le explicaran la causa de tamaño alboroto.

—No os molestéis, —dijo á los de abajo y á los de arriba, en cuanto la pusieron en autos;— sólo yo puedo libertar á la Muerte, y lo haré con sumo gusto, en obsequio á los presentes, mediante una condición:

—¿Cuál? ¡Habla, maldecida bruja! —gritó furiosa la interesada.

—Que no usaréis nunca de vuestro poder conmigo ni con mi fiel compañero; que no se os volverá á ocurrir jamás darme un susto como aquel de marras.

—¡Calle! ¿Esas tenemos? ¿No piensas, infeliz, que te condenas á padecer eternamente?

—¡Hija! ¡Peor fuera no verlo! Viva la gallina y viva con su pepita.

—Trato hecho. Lo prometo;... y por testigos no ha de quedar.

—Pues bajad, y despachaos á vuestro gusto.

—Descuida; por lo que he rabiado en este maldito peral, te juro enmendar pronto el daño que causaste sin saberlo. ¡Lástima grande que no pueda empezar por tí!

Hé aquí, caros lectores, por qué razón, mientras exista el globo terráqueo, subsistirá en él la Miseria.

SALVADOR CARRERA

Ilustraciones de JULIO BORRELL



LA HECATOMBE

La Adoración de los Magos

Los orientales llamaban *Magos* á sus doctores y los escogían de entre lo mejor de cada tribu. Su educación pasaba por varios grados, hasta conseguir el título de maestros, teniendo además que sufrir un largo noviciado para ejercitar su paciencia. Dedicados á un mismo tiempo al culto y al estudio de la astronomía, la astrología y otras ciencias ocultas, interpretaban los libros sagrados, observaban el curso de los astros y, por medio de éstos y de los sueños, adivinaban el porvenir.

San Mateo, el más antiguo y el único de los cuatro Evangelistas que historia la Adoración, dice que unos *Magos* salidos del Oriente y guiados por una estrella, pasaron á Belén cuando nació Jesús, «y entrando en la casa donde se paró la estrella, hallaron al Niño con María su madre, y postrándose, le adoraron; y abiertos sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.»

La Iglesia da el nombre de Reyes á estos personajes, fundada en la tradición y principalmente en el testimonio de los libros sagrados. El historiador anglo-sajón Beda, hace una curiosísima descripción de sus figuras y sus trajes, y dice además que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar, siendo este último *de color pardo, de donde quedó el pintarle etíope*.

Acerca de la estrella que les sirvió de guía, convienen casi todos los autores de los primeros siglos en que fué un astro nuevo, cuyo resplandor excedía al de todos los demás conocidos hasta entonces, y San Ignacio cree que

fué creado por Dios, únicamente para anunciar á los hombres el nacimiento del Rey de los Cielos.

La fiesta de la Epifanía se denominó en otra época *Festum stellæ* (Fiesta de la estrella), y siempre ha sido de tanta importancia, que aun los emperadores arrianos la celebraban con gran pompa y esplendor.

Así como entre nosotros la Natividad es la fiesta principal, para los griegos lo era la Epifanía, y en las edades primitivas estas dos fiestas se confundían: por espacio de mucho tiempo vinieron celebrándose en un mismo día.

San Juan Crisóstomo afirma que en el año 377 los habitantes de Antioquia empezaron á distinguir la Epifanía de la Natividad, y que imitaron en esto á la Iglesia de Occidente; pero, no obstante, los armenios, que designan á la Epifanía con el nombre de *Baptisterium*, continuaron confundiendo estas dos fiestas hasta el siglo XII.

En la Edad media, para dar mayor esplendor á algunas funciones religiosas, se introdujo la representación de misterios; de aquí que en muchas Catedrales, para celebrar la fiesta que nos ocupa, se hicieran procesiones representando á lo vivo la comitiva de los Reyes, con la pompa y magnificencia á que tan aficionada se mostró aquella época. Pero esta clase de espectáculos, que en su origen excitaban el fervor religioso y aumentaban la devoción, degeneraron más adelante en irreverencia y fueron suprimidos. También en este día se proclamaba, y después se suspendía de un cirio, *la tabla pascual*, efeméride de las fiestas movibles.

Las fiestas instituídas y celebradas por la Iglesia católica se dividen en dos clases, correspondiendo á la pri-



DE LAS PASCUAS

DANIEL VIERGE

mera las que se relacionan con la doctrina religiosa en sí misma, y á la segunda las que tienen por objeto honrar á los mártires, á los confesores y á los santos; así, pues, la Epifanía está conceptuada por la Iglesia como fiesta de primera clase con octava privilegiada, toda vez que ha sido instituída para celebrar uno de los más grandes misterios del Cristianismo.

Afirmase que los Reyes Magos padecieron martirio en Salamina y que sus cenizas fueron transportadas primeramente á Constantinopla, debido al celo y la piedad de Santa Elena; que después, en tiempo del emperador Manuel, fueron llevadas á Milán, en donde se conservaron por espacio de siete siglos, y que, por último, cuando esta ciudad fué tomada y destruída por Federico Barbarroja en 1162, fueron trasladadas á Colonia y depositadas en una de las Capillas de su magnífica Catedral, donde actualmente se veneran, conservadas en suntuoso sarcófago, admirable por la riqueza y elegancia de sus adornos y la belleza de sus esculturas.

La Adoración de los Reyes ha servido de asunto á los más hábiles pintores de todas las épocas y de todas las escuelas para crear obras de fama universal. Solamente en el Museo del Prado, de Madrid, puede verse un buen número de cuadros, siendo los más afamados los del Tiziano, Pablo Veronés, Velázquez y Rubens.

Asimismo algunos reyes han hecho el asunto que nos ocupa objeto de sus preferencias. El rey de Francia Juan II el Bueno, creó en París en 1352 una orden militar bajo el título de *Estrella de Nuestra Señora de la Noble Casa*, siendo treinta el número de los caballeros de que se

componía. Su emblema era una estrella dorada sobrepuerta de corona de oro y su divisa las letras M. R. A. V., iniciales de las palabras: *Mostrant Regibus Astra Viam*. (Los astros muestran el camino á los reyes.)

El pueblo cristiano, en esta como en otras festividades religiosas, no se limita á cumplir con sus deberes piadosos en los templos, sino que ha establecido ciertas prácticas como medio de manifestar en lo exterior su innata alegría.

En algunos pueblos de España, al amanecer del día de Reyes y en el punto de las afueras previamente designado, se organiza la regia comitiva. El pueblo en masa acude á esperar su llegada, y ocupa las avenidas y todo el trayecto que deben recorrer. A la hora convenida se ve á lo lejos un jinete, llevando en la punta de larga caña una estrella plateada, y poco después aparece vistosa y nutrida cabalgata, como dando escolta á los egregios personajes, que hacen su entrada triunfal arrojando dulces y dinero, hasta llegar á las Casas Consistoriales ó á la del Párroco, en cuyos balcones se hallan esperándoles el Ayuntamiento y clero reunidos.

Para los niños los Reyes Magos son la personificación de la magnanimidad y de la esplendidez, puesto que advinan todos sus antojos, satisfacen todos sus gustos y atienden todas sus exigencias.

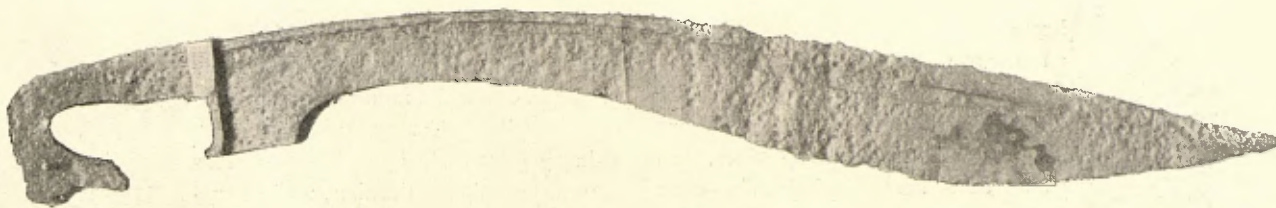
Al celebrar, pues, esta fiesta, hagamos votos para que se perpetúe la pródiga costumbre que viene á colmar las más puras ambiciones de la inocencia, proporcionando á la vez á las familias una de las más gratas satisfacciones.

A. AVILÉS



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

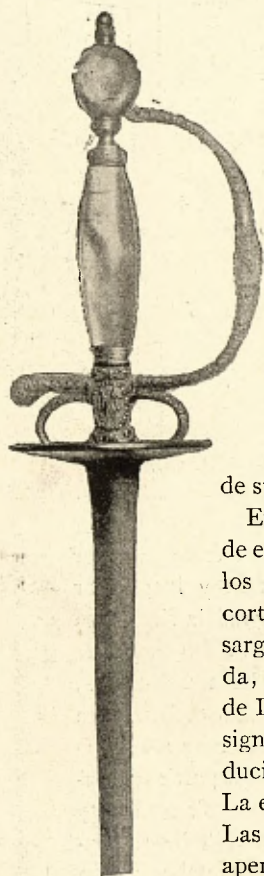
J. GUARDIOLA



HISTORIA DE LA ESPADA

SIGLOS XVIII Y XIX

El sable y sus orígenes. - Fin de la daga



Después de los edictos del Cardenal Richelieu, la espada podríamos decir que se atrofia como todo órgano que no está en uso. Los ciudadanos pueden ya ir tranquilos por las calles, de día y de noche, sin miedo alguno de ser atacados, ni siquiera provocados. Los desafíos desaparecen; la espada, más que arma, á partir de esta época, viene á ser un símbolo. Sólo la pueden usar los caballeros en señal de nobleza y los facultativos ó altos funcionarios del Estado como insignia

de su cargo.

En el ejército, indica sólo mando. Antes de esta época, los oficiales se distinguían de los soldados por usar el espontón, lanza corta con una gran borla, y los sargentos por llevar una alabarda, en vez de una pica; á partir de Luis XIV, se les da como insignia de mando, la espada reducida á su mínima expresión. La espada se ha vuelto espadín. Las guardas son tan cortas, que apenas salen de la concha; ésta es pequeñísima, y lo único que se conserva es el guardamano que va á unirse al pomo. La hoja es delgadísima, como la de un estoque. Y á los capitanes, el espadín les sirve sólo para señalar, como la batuta á un director de orquesta.

A los soldados se les dan, en Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, espadas valonas de hoja ancha, y en España espadas de dos conchas, cuyas guardas son extremadamente cortas y retorcidas, de hoja ancha también. Estas espadas son relativamente cortas, de setenta á ochenta centímetros, en los infantes. A la caballería se le dan sables, como á veces también á la infantería, sólo que los de aquélla son más largos.

En España la caballería conserva la espada larga de dos filos, hasta fines del pasado siglo, sólo que el puño sufre una transformación. Las

guardas son cortísimas y salen á través de *la vela* que cubre toda la mano.

Cuando, en tiempo de Luis XIV, se vuelven á permitir ó á tolerar los desafíos, ya éstos son reglamentados, con padrinos, médico y un prevoste de armas, y no se lleva á cabo al acto, sino á las veinticuatro horas, por lo menos, en un lugar retirado, y esto sólo en cuanto los padrinos juzguen que hay motivo suficiente, levantando y redactando un acta en toda regla del lance, si tiene efecto, ó del por qué no se llevó á cabo.

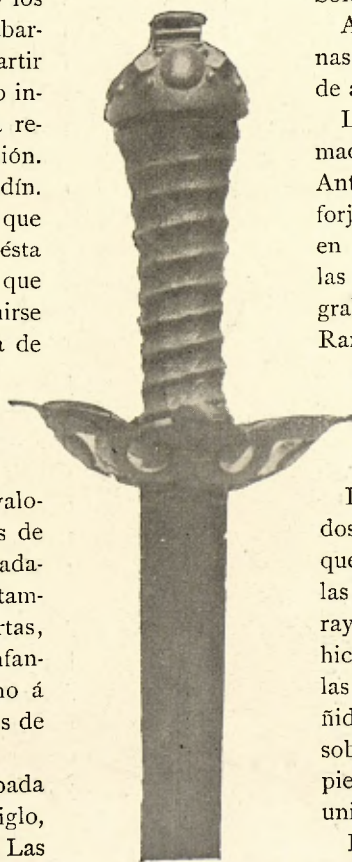
Entonces la espada, que es ya espadín, se vuelve florete. Ya no tiene golpe ni tajo. Sólo su herida es de punta.

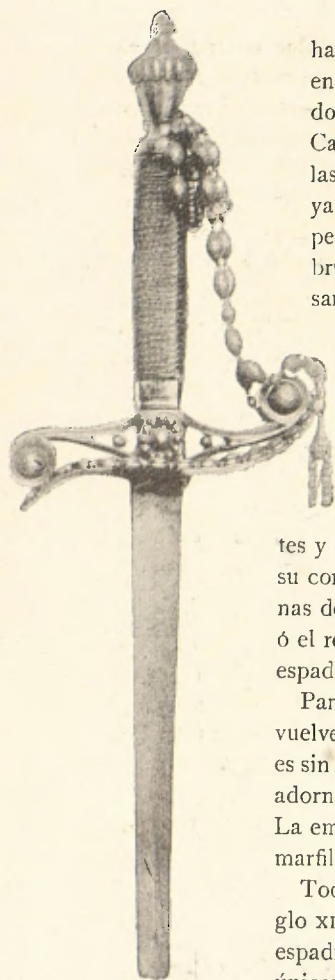
Al llegar al siglo XVIII ya apenas se usa más que como arma de aparato.

La materia de que está formado el puño, cambia también. Antes eran de acero ó de hierro forjados. Todo el lujo consistía en la complicación y forma de las guardas, en los cincelados, grabados é incrustaciones de oro ó de plata. Raramente eran de otro metal, pues debían servir y ser muy resistentes. A lo más se les cubría de una placa de oro, ó de plata, aplicada al fuego, ó se les incrustaban medallones ó piedras preciosas.

Luis XIV, con su manía de boato, haciéndose llamar *Le Roi Soleil* (El Rey Sol), quiso que los caballeros, como los soldados, llevaran las empuñaduras de sus armas del color de los rayos de este astro. Así, para los soldados se hicieron las empuñaduras de los sables y de las espadas, de bronce dorado, ó de latón bruñido; y para los caballeros, de oro, ó de plata sobredorada, lo mismo que todas las demás piezas de metal que llevaban en sus trajes ó uniformes.

Esto quedó ya hasta el presente siglo, y aun





hasta nuestros días, para los militares; en cuanto á los caballeros, en el reinado de Luis XV, y en España en el de Carlos III, vuelven á usar el acero para las empuñaduras de sus espadines, pero ya no es el acero de forja, sino unas pequeñas piezas de acero azulado y bruñido como un espejo, las que, ensartadas por alambres, forman la empuñadura del delicado espadín. Esta llega á ser toda ella una verdadera filigrana. Otros usan la empuñadura de plata, pero es sólo de cascarilla repujada, ó de filigrana llena de detalles y de cinceladuras, ó de esmaltes y de grabados. Las hay que tienen en su concha miniaturas representando escenas de la mitología, atributos del honor, ó el retrato de una dama. Diríase que el espadín se ha vuelto femenino.

Para la caza, la espada se acorta y se vuelve *machete* ó *cuchillo de monte*. El puño es sin guardas y con una simple concha de adorno, ó con unas guardas pequeñísimas. La empuñadura es de hueso, de asta ó de marfil, y los adornos de cobre dorado.

Todo esto dura hasta principios del siglo XIX, en que los espadines los llevan únicamente los alguaciles, y en las grandes ceremonias los funcionarios de palacio, ó los altos empleados públicos. En los espadines acostumbrose á usar la empuñadura de nácar ó de marfil, y aun á veces de concha.

La Revolución Francesa, cambiando el curso de las costumbres en Europa, vino á suprimir la espada de los nobles, y los funcionarios públicos dejan también de usarla. Ya ha desaparecido de la vida ordinaria, quedando relegada á los militares. Estos, á partir de aquí, ya más que espada usan sable; y á propósito de esta arma de museo, haremos unas breves disquisiciones sobre su uso y origen.

El sable ó arma blanca de mano y de golpe, con un solo corte, es antiquísimo. Su uso se remonta á las primitivas civilizaciones asiáticas.

Su nombre de *sable* ó *sabre*, como se llama en catalán y en francés, es una corruptela de la palabra *sciabala*, que quiere decir *serradera* ó arma para aserrar ó dividir. Otros hacen derivar este nombre de *saebel* en antiguo alemán, ó del eslavo *sabla*, pero antes se le daba otros nombres, como veremos.

En la alta antigüedad hallamos esta arma entre los asirios y pueblos semitas del Asia central. Los fenicios y cartagineses lo usaron. Estos últimos

con la empuñadura de asta, en forma de cabeza de caballo, distintivo de la república: tal es uno hallado en unas excavaciones cerca de Cartagena, en España.

Los griegos de la época heroica, ni los persas de la época tiránica, no lo conocieron el sable. El sable es un arma esencialmente semita. En Persia se conoció sólo á partir de su contacto con los árabes.

Después de la IV dinastía, la de los Califas (año 652), hasta el fin de la XII, la de los Mogoles, y durante la dominación de otros mahometanos, el armamento persa toma el carácter musulmán, y viceversa. Así los árabes españoles, los omeyyadas, descendientes de los abasidas persas, usan la espada como los iraníes, y los persas toman el alfanje ó la cimitarra, como los musulmanes semitas, usándolo sin cambiar de forma hasta el 1736, en que es algo aligerado.

Los romanos lo encuentran entre los dacios, del otro lado del Rin, en tiempo de Trajano, y las legiones romanas del Asia empiezan á usar su arma, que llamamos *acínace* y que es una especie de sable corto.

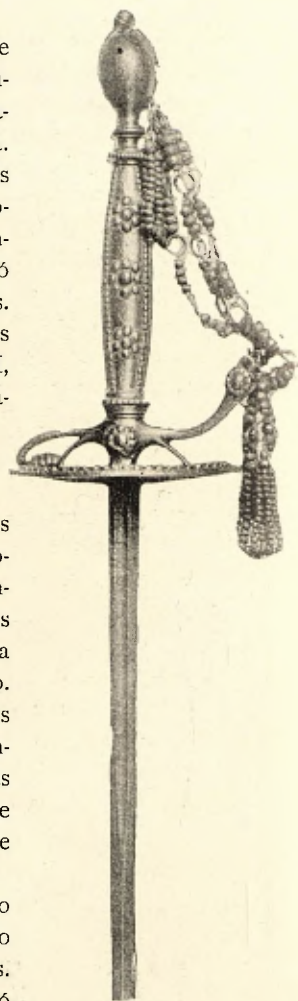
Al final del siglo VI, el sable es usado entre los germanos, no siendo tan curvo como el de los árabes.

El uso del sable, alfanje ó cimitarra⁽¹⁾, fué universalmente extendido por los árabes después de Mahoma, y luego por todos los islamitas. El motivo fué la simbólica media luna, á la cual asemeja el alfanje. Desde este momento el sable, entre los musulmanes, se encorva extraordinariamente, hasta formar un tercio de círculo. Antes los sables eran sólo ligeramente encorvados, sobre todo á partir del tercer tercio de la hoja. En los países eslavos afecta la forma de *dusak*, ó sea sable ligeramente curvo, de hoja no muy ancha, y con sólo un mango sin guardas, y viene á ser el arma nacional de los bohemios y luego de los Húngaros, manejándola con un guantelete de hierro. Aun hoy se conserva así en Rusia entre los cosacos.

La cimitarra verdadera pertenece á los musulmanes de la Persia, llamándose *chimichio*. Es el alfanje que se ha vuelto un poco más corto y más ancho de la punta, que está como cortada en bisel; por lo regular el mango no tiene guarda.

El *yatagan*, el *khandjar*, el *fissa*, el *koukri*, el *kampak*, etc., etc., son variantes del sable entre los pueblos menos civilizados de Oriente. La *makana* de los indios aztecas de Méjico, venía á ser una especie de yatagan de hueso lleno de dientes de pescado, intermedio entre el sable, el hacha y la maza ó martillo de armas.

(1) El nombre de cimitarra algunos pretenden que derive del gótico antiguo, *seymitar*.



El uso del sable entre los cristianos de Europa, en la Edad Media, data de las Cruzadas. Los cruzados, á la vuelta de Palestina, trajeron algunos alfanges y cimitarras, y en Europa se imitaron estas armas, como armas de golpe.

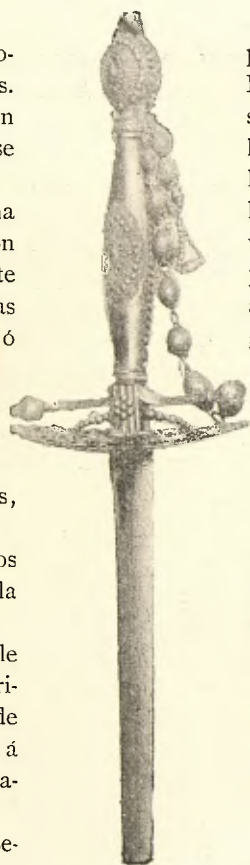
Adoptóse por el pronto más bien la forma de cimitarra que toda otra, y se forjaron con la hoja ancha y corta, más ancha de la parte interior, con la punta en bisel y las guardas retorcidas. El pomo era redondo y plano, ó bien de cabeza fantástica, representando la de un león ó de un águila.

Como lo usaban los infieles que tenían prisionero el Santo Sepulcro, le dieron el nombre del que fué á prender á Cristo, Marcos, y le llamaron *Malchus* ó *Marcus*.

En España los cristianos lo tomaron de los moros ó sarracenos. Los árabes usaban sólo la espada persa.

Ya á partir de la última cruzada, el sable cambia poco. En el renacimiento se le enriquece la empuñadura, y los famosos sables de honor que la República veneciana regalaba á los marinos ilustres italianos, provenzales ó catalanes, eran verdaderas joyas de arte.

Después de la derrota de los turcos de Le-



panto, úsase algo más el sable en Italia y en España, pero cuando se generaliza, es en el siglo XVIII, en que es ya más estrecho, más largo y menos corvo, generalizándose á toda la caballería. Cuando Bonaparte fué á Egipto, los franceses del Directorio y del Imperio volvieron á ponerlo en boga, y de ahí hasta ahora, ya apenas si se ha modificado. Su empuñadura, á partir del siglo XVIII, por lo regular tiene la guarda de detrás corta y encorvada hacia abajo.

Y la de delante larga y se levanta hasta tocar al pomo, cubriendo los dedos. A veces ésta se complica y ramifica.

Tal es la historia del sable.

En cuanto á la daga, después del edicto de Richelieu en Francia, al cesar los duelos, y en España al entrar Felipe V y poner en vigor las leyes de Luis XIV sobre los desafíos, desaparece y se vuelve al cuchillo. Este tiene un desdoble. En forma de puñal largo y metido en la boca del mosquete, vuélvese *bayoneta*. Y doblándose de manera que la hoja entre en el puño, en España viene á ser la navaja.

POMPEYO GENER



MI NOCHEBUENA

F. DOMINGO

LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMÁTICO Á SU FAMILIA

CARTA SEXTA

El ataúd de un mandarín.— Como duermen los chinos.— Supersticiones.— Un oratorio.— Fumador de opio.— El Pi-Yung-Kung ó Academia clásica.— La profesión militar en la China.— La milicia en la antigüedad.— La bandera nacional.— Soldados con paraguas y abanico.— Oficiales acróbatas.— Burlas á la «Cruz Roja».— El valor en los combates.— Los progresos actuales.— El último viaje de Li-houng-chang.— Las tropas de las «ocho banderas» y las de la «bandera verde».— La Guardia Imperial.— Cifras teóricas.

Pekin, Septiembre 10 de 1898

Á LORD ROBERTO HARRISSON, EN LONDRES

Mi buen hermano: ¿Fué á Olga ó fué á tí—no lo recuerdo—á quién hablé, en una de mis cartas chinescas, de mi honorable amigo el mandarín militar Liao-shou-feng? Me conviene que lo recordéis, á fin de evitarme una segunda presentación de este conspicuo personaje chino, á quien tuve el gusto de conocer en el famoso banquete — que ya os he descrito — de la legación de Alemania. ¿No lo recordáis?... Fué aquel mismo que me invitó á pasar á su domicilio para ver su ataúd; invitación desagradable, que no tuve más remedio que aceptar enseguida, pues, de no hacerlo, el bueno del chino me hubiese enviado, con la mayor finura y atención, el ataúd á mi casa; y ya comprenderás, Roberto querido, que esto hubiera sido una broma pesada.

Fué, pues, á la morada de Liao-shou-feng; y después de haber visto el ataúd monumental, todo cubierto de brocados rojos, en el cual cabían muy holgadamente dos personas, el mandarín, muy atento, comprendiendo la curiosidad de un europeo, me paseó por toda la casa, sin exceptuar las habitaciones interiores, ni los dormitorios, ni el oratorio, ni el *fumadero*. Nada de esto había visto en la casa del príncipe Tsai-Yi; y así, la visita al mandarín me proporcionó, entre no pocas enseñanzas, datos para completar la descripción, que ya empecé á hacer en otra carta, de un *interior* chino.

Los dormitorios, en casi todas las casas chinas, son iguales. Arcones de sándalo y armarios de alcanfor alternan con las camas de tamarindo, confundiendo la de la primera mujer con las de las concubinas, que el dueño comparte indistintamente. Duermen vestidos y sobre una esterilla que sustituye al colchón, sin más sábanas que un abrigo de lana en que se arrebujan. La almohada es de

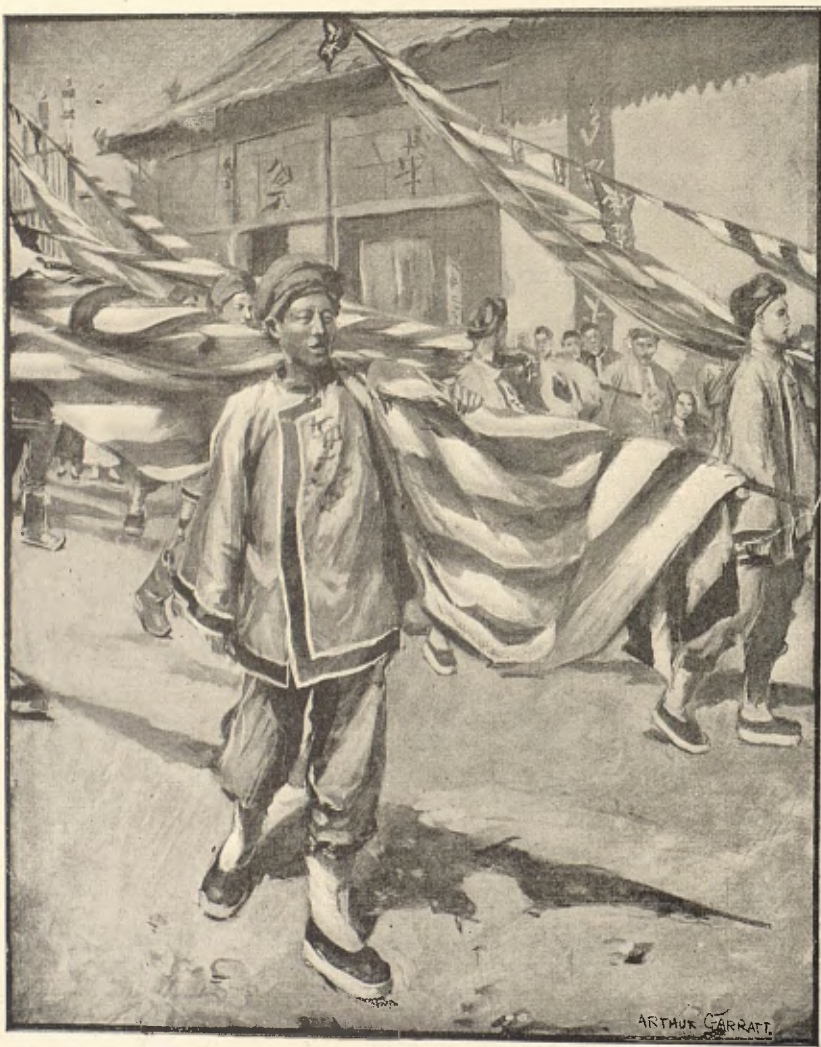
loza, del tamaño y forma de las almohadillas que antiguamente usaban las señoras en Europa para coser; y no apoyan en ella la cabeza, sino el cuello, con lo que las mujeres consiguen no deshacerse el peinado, que, por su complicación, no restauran más que semanal ó quincenalmente. En la cabecera hay colgados infinidad de amuletos, acusadores de la superstición que domina á esta raza.

Sobre esto de las supersticiones de los chinos, fué muy curioso lo que observé estando en la casa del mandarín. Recibió éste un despacho imperial, y, después de leerlo, guardó cuidadosamente el sobre, diciéndome:

—Este papel, si le echo en agua y dejo á ésta hervir, el agua servirá para curar las enfermedades epidémicas.

Liao-shou-feng me llevó á su oratorio, donde se alzaba un altar con pebeteros y relicarios de metal blanco, flores artificiales, estatuillas de Lao-tzé, el fundador de la Metafísica, de *Cugnan*, la virgen de la Pureza, y de la multitud de los ídolos de las teogonias búdhica y de Brahma, que, mezcladas con la moral de Confucio, forman las tres religiones dominantes en el país.

Después visitamos el fumadero de opio, que es una ha-



Abanderados del ejército en marcha

bitación en cuyo centro elébase un entarimado cubierto con un bocaporto, más ó menos lujoso, que imprime al conjunto el carácter de escenario de un teatro, del tamaño de una cama de matrimonio. En él, provistos de dos almohadas, se acuestan los fumadores, separados por

un banquillo, sobre el que arde una lámpara de aceite. La pipa es de las dimensiones y estructura de una flauta, con un agujero en el centro, al que se adapta el hornillo de barro, como un hongo ó seta, provisto de un oído diminuto. Hay aparatos de estos, de tal mérito, que cuestan hasta tres mil duros.

Mostrándome orgulloso su espléndida pipa, el mandarín se lamentaba de no poder renunciar al opio, que embrutece y acorta la vida. Varias veces, según decía, había tenido que ir á Canton para hacerse operar por la paralización absoluta de sus funciones digestivas.

—Afortunadamente— añadió— mi hijo detesta el opio.

—¿Tenéis un hijo?

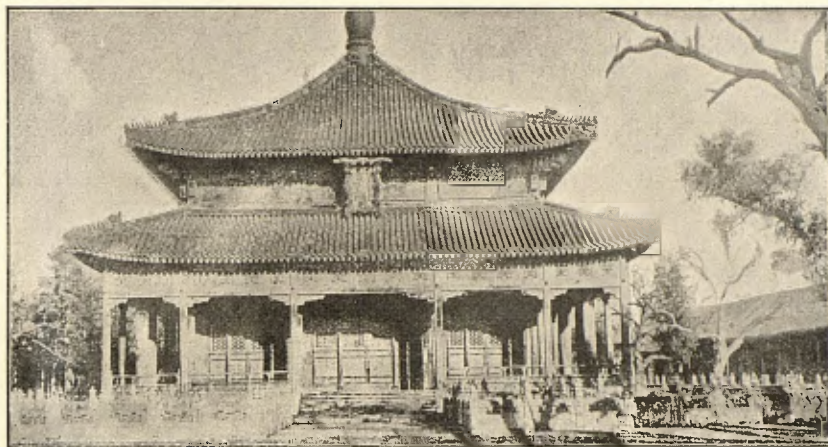
—Un hijo, que, á pesar de su juventud, es ya letrado y que se pasa todo el día, hasta que el sol se oculta, en el Pi-Yung-Kung.

—¿El Pi-Yung-Kung?

—La Academia clásica, como se llamaría en Europa. Es un edificio muy bello, con un arco monumental, que está enfrente de él y que es la gala de Pekin. En el vestíbulo del Pi-Yung-Kung, donde no se admite á los extranjeros, guardamos religiosamente el texto completo del Nine-King ó libro clásico, compuesto de lo más antiguo y selecto de la literatura china.

—Literatura que vuestro hijo conoce...

—Ciertamente. ¿No os he dicho que es letrado? Para llegar á serlo y tener derecho á ocupar un puesto en la administración pública, ha sufrido largos y difíciles exámenes. En su brillante bi-



El Pi-Yung-Kung (Academia clásica)

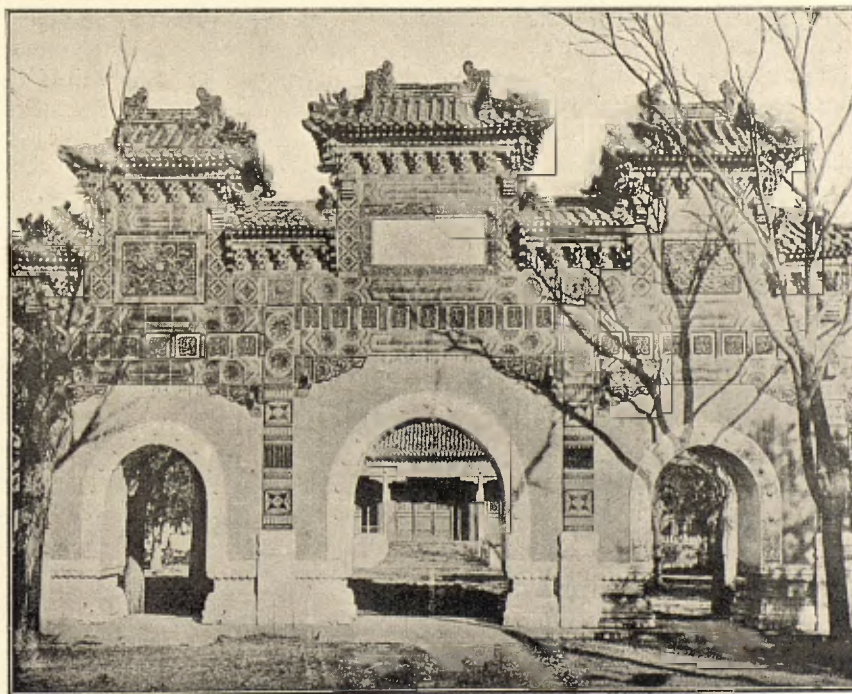
había sido el gran error de su vida. En un pueblo como el suyo, pueblo pacífico, civil, agricultor é industrial únicamente, sólo se concede estimación á los letrados, á los hombres de saber y de genio que comentan las sabias máximas de Confucio y escriben poesías amorosas. El oficio militar en China ha sido considerado siempre como cosa despreciable y, en consecuencia, despreciada. En tiempos de paz, á un mandarín militar como Liao-shou-feng, como no sea gobernador de una buena provincia, nadie le hace caso.

Por efecto de la escasa estimación que á los chinos merece la profesión de las armas, aquí el ejército deja mucho que desear. Antiguamente la milicia se componía no más que de bandidos y de gente acanallada, acomodando á la práctica un viejo proverbio chino que reza: «El hierro bueno no se utiliza para fabricar clavos, ni un hombre honrado para soldado».

Hasta hace poco, hasta la guerra con el Japón, los soldados, en su inmensa mayoría, carecían de fusil, haciendo el ejercicio con cañas. En cambio, toda la tropa está provista de inmensas banderas multicolores: hay una pa-

ra cada ocho hombres. La bandera nacional es de color amarillo de oro, de forma triangular, y está orillada de una especie de dientes que semejan las de una sierra. En la parte superior, á la izquierda, se ve un sol rojo resplandeciente, y lo contempla con la boca abierta, en ademán amenazador, un enorme dragón. Alegoría que tiene su explicación recordando que hará unos mil años que el

biblioteca está el gran libro de Chou-font-sce, sabio filósofo del siglo XII y los «cinco clásicos».



Arco de la Academia Clásica



Soldados de la Guardia Imperial

Celeste Imperio declaró la guerra al Japón, y, como profetizando una victoria que se creía segura, adoptó esta bandera, en la cual el sol representa al Japón, por lo que lo hicieron pequeño y colocaron frente al dragón chino que, con la boca abierta, habría de devorarlo de un solo bocado.

Una de las cosas que más sorprenden al Europeo es ver á los soldados chinos provistos de un gran paraguas de tela embreada que llevan á la bandolera. En verano llevan además abanico colgado del cuello. Cuando salen á campaña se enroscan la trenza alrededor de la cabeza y se la cubren con un turbante, lo cual hace que si llueve tengan la cabeza empapada durante una porción de horas, cogiendo catarros ó fiebres todos ellos.

Y suele ocurrir que en el ejército se tiene más miedo á la lluvia que á las balas. Durante la última guerra con los japoneses, sucedió que, habiendo empezado á llover en la batalla de Pingyang, los soldados chinos se apresuraron á abrir los paraguas, sujetándolos entre el cuello y la blusa, por la espalda. Y los japoneses pudieron hacer de ese modo excelentes blancos.

Se clasifica á los oficiales según el peso que pueden levantar á brazo tendido. En Canton, en los exámenes trienales, se colocan piedras de distintos tamaños en el suelo, y el examen consiste en levantarlas del modo indicado.

Los soldados en campaña se alimentan de su sueldo, pues no existen ni administración militar ni bagajes. Tampoco hay ambulancias. Cuando la última guerra algunas señoras del barrio europeo de Pekin, quisieron organizar una ambulancia de la Cruz Roja para socorrer á los heridos. Las autoridades chinas se reían de ellas, diciendo que era cosa de locos el divertirse en recoger heridos en un país donde los hombres no cuestan nada.

Los chinos, sin embargo, tienen excelente madera de soldados. Las veces que han combatido á las órdenes de ingleses, franceses ó españoles, se han portado con mucha valentía. Cuando, en la campaña de 1842, Chin-Kiang fué tomada por nuestras tropas, los tártaros refugiados en la ciudadela perecieron hasta el último hombre; los que se habían quedado en la ciudad, se suicidaron, después de dar muerte á sus mujeres y á sus hijos. En la campaña de 1842 y durante la última guerra chino-japonesa, los oficiales más valientes se suicidaron después de ser vencidos. Soportan con mucha serenidad el fuego; lo único que no consienten es que se les corte la retirada, y si observan que va á realizarse alguna operación para tal objeto, emprenden la huida.

Poseen además los soldados chinos excelentes condiciones de inteligencia para la mecánica; tanto es así, que basta que vean una vez desarmar un fusil moderno, para

que en el acto sepan ya armarlo y desarmarlo á la perfección y con gran rapidez.

En el último tercio de este siglo, desde el reinado de Hien-feng, antecesor del emperador actual y esposo de la actual emperatriz, los progresos del ejército chino son bien notables. Débese esto á la expedición anglo-francesa del año de 1860. De las cenizas del Palacio de Verano, incendiado y saqueado por las tropas expedicionarias, nació el odio profundo que se tiene á los europeos. El instinto del desquite, á la vez que engendró á los *boxers*, echó raíces en las esferas oficiales. Después del reinado de Hien-feng y durante la larga regencia de la emperatriz, se ha adelantado bastante, á lo que ha contribuido en gran parte el último viaje de Li-houng-chang á las naciones europeas.

Aquel viaje, hecho en 1896, casi el otro día, ha servido á Li-houng-chang para adquirir datos y noticias acerca de todo; tomaba notas relativas al armamento y á la potencia de los ejércitos, é inventariaba los inventos europeos, nuestros usos, costumbres y procedimientos. Al regresar á Pekin, tomó á su cargo la reorganización del ministerio de la Guerra. Instruido por las primeras derrotas, y comprendiendo que la transformación del armamento y de la táctica de la guerra debían ser las más urgentes de las reformas, á este objeto, apoyado siempre por su amiga Tsou-Hsi, ha enderezado todas sus iniciativas.

Las fuerzas militares continentales se dividen hoy en dos cuerpos. Forman el primero las tropas de las «ocho banderas», á las que pertenecen los descendientes de los manchúes, mongoles y chinos, que destronaron, en el siglo XVII, á los Ming y proclamaron la dinastía reinante. Forman el segundo cuerpo las tropas provinciales ó de la «bandera verde». Hay además algunos pequeños contingentes, separados unos de otros, y las tropas llamadas irregulares (Young), que son llamadas y despedidas según la necesidad del momento.

De las tropas de las «ocho banderas», que poseen una organización especial, una gran parte tiene sus cuarteles en torno del Palacio Imperial, formando la Guardia del «Hijo del Cielo», y otras están acantonadas en veinticinco villas de la provincia de Petchili, cercanas á la capital, ó en las guarniciones de otras provincias, ó en la Mongolia y en el Turkestan. El efectivo *teórico* es de unos cien mil hombres; la cifra exacta es un secreto, aun para muchos chinos y tal vez para el mismo emperador. Las tropas provinciales, cuyo mando ejercen los gobernadores generales ó los de provincias, se componen *teóricamente*, de 400,000 á 500,000 hombres; la cifra efectiva es desconocida.

Charlando con el mandarín militar Liao-shou-feng, cambiando con él impresiones y haciéndole mil preguntas que él cortesmente me contestaba, diciéndome cuanto sabía, he adquirido estos datos sobre el ejército chino, que podrán servirte tal vez, mi querido hermano, para tus patrióticas campañas en la Cámara de los Lores, si es que algún día se trata allí, como es lógico que se trate, de los grandes intereses británicos en estos remotos países.

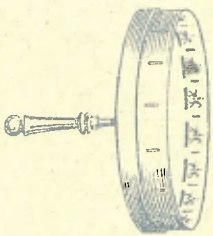
Sólo por tí, por ser te útil, soporté los obsequios del mandarín del ataúd. Debes, por lo tanto, agradecerlo y recibir con doblado amor el abrazo que, muy afectuoso, te envía tu hermano

JOHN HARRISSON

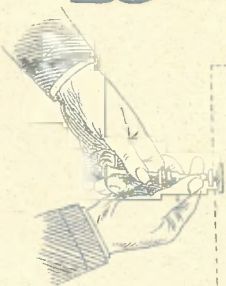
Traducción del inglés por A.



J. BORRI.—EN BUSCA DE PROVISIONES



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.



CON 100 Colecciones de
FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS
Bailarina, Soldado, Caballo al paso,
Caballo al trote, Caballo al galope,
Caballo alta Escuela, Cabra Saltando,
Elefante, Dromedario, Ánade volando,
Perrito Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

PRIMERA SERIE

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.